

HUGO FRANCISCO BAUZÁ

**LA TROYA HOMÉRICA:
DE SCHLIEMANN A KORFMANN**



Anticipo de
ANALES DE LA ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

Buenos Aires - Año 2009

Síntesis

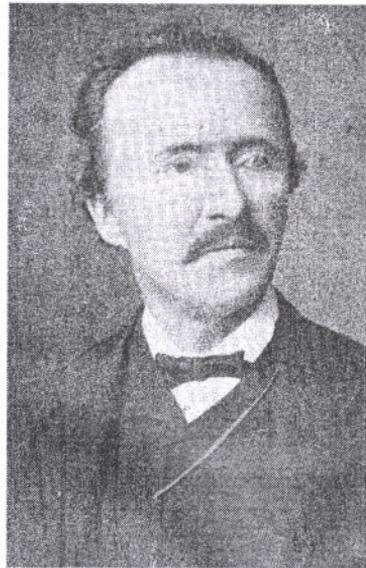
Las excavaciones de H. Schliemann en Hissarlik (Turquía), entre 1870 y 1890, probaron la existencia histórica de la Troya descrita por Homero. El reciente hallazgo del arqueólogo M. Korfmann de una importante muralla que rodeaba a esa antigua ciudad corrobora las ideas de Schliemann y otorga fundamento histórico a muchas circunstancias narradas por Homero.

Abstract

H. Schliemann's excavations in Hissarlik (Turkey) between 1870 and 1890 confirmed the historical existence of Troy, described by Homer. The recent finding by the archaeologist M. Korfmann of an important wall which surrounded that antique city, ratified Schliemann's ideas and gives a historical basis to many circumstances narrated by Homer.

1. Heinrich Schliemann

Heinrich Schliemann (1822-1890) se presenta como un caso notable y singularísimo en la historia de la cultura occidental: pese a proceder de orígenes muy humildes pasó a ser, sin embargo, una de las personas más acaudaladas de Europa en el siglo XIX; también, de un niñez y juventud opacadas por la miseria y la falta de una formación cultural ordenada y sistemática, debido a una inteligencia privilegiada y a su tesón —especialmente a su tesón—, se convirtió en un políglota de nota ya que llegó a dominar numerosas lenguas, no me refiero sólo a las que forman parte del tronco latino sino, amén de su alemán natal, conoció entre



Heinrich Schliemann

otras, el griego clásico y el moderno, el turco, el ruso y hasta un manejo nada despreciable del árabe, según propias declaraciones y testimonios de quienes lo trataron; más aún, merced a sus descubrimientos en Troya, Micenas, Orcómeno y Tirinto llegó a ser una de las personalidades más célebres del siglo XIX.

En páginas autobiográficas Schliemann recuerda que en la Navidad de 1829, cuando sólo contaba con siete años, su padre le obsequió la *Weltgeschichte für Kinder* de Georg Ludwig Jerrer, en una edición ilustrada con grabados; uno de ellos representaba la figura de Eneas llevando a Anquises, su progenitor, sobre sus hombros y a Ascanio, su hijo, de la mano; el grupo salía por la puerta Escea en momentos en que la ciudad comenzaba a ser presa de las llamas.

El pequeño Heinrich pidió datos a su padre sobre esa imagen y éste se limitó a referirle que se trataba de una fantasía urdida por Homero en composiciones célebres, mas el niño intuyó que esa escena debía tener una base histórica. De ahí nació su firme propósito de develar el misterio de la antigua Troya como meta de su vida.

Años más tarde, la intuición y tenacidad de este comerciante devenido arqueólogo por pasión a los textos homéricos y a su obsesión por demostrar el trasfondo histórico de esas epopeyas hicieron que pudiera localizar en la llanura de Hissarlik (Turquía) el sitio donde otrora estuviera emplazada Ilión —i. e., Troya—, pero sus hallazgos arqueológicos no se redujeron sólo a esa región del Asia Menor, sino que excavó en lo que en la antigüedad fueron importantes sitios de la Hélade. Lo hizo también en Ítaca, la legendaria isla de Odiseo, en la Micenas “rica en oro” —según la denomina Homero—, en 1874, en Orcómeno, en 1880, o, entre otros sitios de la antigüedad clásica, en Tirinto, en 1884, obteniendo siempre resultados sorprendentes¹. Sobre la importancia y significación de sus hallazgos, S. Moscati explica que sin ninguna duda, a “Schliemann debemos la demostración del fundamento histórico de tradiciones que la ciencia de su tiempo relegaba al mundo de la pura fantasía”².

Schliemann, como he destacado, no era arqueólogo de profesión; además, en esa época, esa ciencia aún no contaba con la metodología, medios y conocimientos que hoy son moneda corriente a la hora de emprender labores de campo. Su forma de trabajo era muy rudimen-

¹ De todas esas expediciones arqueológicas Schliemann da cuenta en las obras que a continuación menciono: *Ítaca, el Peloponeso y Troya* (1869), *Troya y sus ruinas* (1878), *Micenas* (1878), *Tirinto* (1886) y en su *Autobiografía* (1892).

² “Introduzione” a H. Schliemann, *Alla ricerca di Troia*, Roma, Newton Compton editori, 1977, pág. 8.

taria y hasta, en ocasiones, censurable³, empero, en sus últimas excavaciones se advierte un perfeccionamiento en ese *métier* ya que acepta métodos científicos que había rehusado en su primera época. Pese a esas imperfecciones, lo que la historia de la arqueología debe agradecerle es haber dado *visus* de realidad histórica a un marco de relatos legendarios que, hasta esa época, eran considerados sólo del dominio de la fantasía. Por otra parte, la importancia de su labor trasciende el horizonte griego y asiático menor ya que sus sorprendentes hallazgos incitaron –y aún hoy incitan– a que profesionales especializados en esa disciplina emprendieran excavaciones con métodos rigurosos y, más aún, que delinearan la fundamentación epistémica de ese saber, el afinamiento de sus modos de trabajo y la incorporación y perfeccionamiento de una tecnología de última generación, a la hora de desocultar culturas y civilizaciones sepultadas bajo el peso de milenios. Por sólo citar algunos ejemplos memorables, Federico Halbherr, en agosto de 1902, descubrió el palacio de Hagia Triada, en la isla de Creta, el arqueólogo berlinés Ernst Curtius, secundado por Gustav Hirschfeld, excavó en lo que otrora fue Olimpia donde halló el templo de Zeus o el caso del ingeniero Carl Humann quien sacó a luz el majestuoso altar de Pérgamo y, más tarde, condujo con buenos resultados una expedición arqueológica a Boghazkoei, capital de los hititas.

Antes de los hallazgos de Schliemann en Hissarlik –*i. e.*, en 1870– y de Micenas, en 1876, de las excavaciones de sir Arthur Evans en Cnossos⁴ (Creta) y de los importantes descubrimientos fuera de la muralla de la ciudadela de Micenas debidos al arqueólogo británico Alan J. B. Wace, la historia de Grecia o, en otras palabras, la tradición escrita de la Hélade, comenzaba en el año 776 a. C.⁵, vale decir,

³ Censurable, por un lado, porque, en su afán por desenterrar civilizaciones de la edad heroica, no prestó la debida atención a asentamientos ulteriores, vale decir, los de las épocas clásica y helenística y, mucho menos, los del período de dominación romana; por el otro, porque no contaba con medios técnicos adecuados.

⁴ El descubrimiento del ala occidental del palacio de Cnossos, por obra de Minos Kalokairinos, en 1878, creó condiciones favorables para excavar en ese sitio, las que fueron aprovechadas mediante una labor sistemática por Arthur Evans, acompañado por D. Mackenzie, conocido éste por sus excavaciones en Melos, y por el arquitecto Th. Fife de la *British School of Archeology*. Es también un acto de justicia recordar los nombres de los colaboradores de Evans: C. Doll, F. G. Newton y Piet de Jong, los artistas Gillieron (padre e hijo) y los arqueólogos G. Hogarth, A. Wace, E. J. Fordyke y J. Pendlebury, cuya memoria vive un poco a la sombra de la fama gigantesca de sir A. Evans.

⁵ Así, por ejemplo, lo consigna George Grote en su conocida *History of Greece* de 1846.



Estado actual de la Acrópolis de Micenas

con la lista de los vencedores en la I Olimpíada, a la que sigue la de los éforos⁶ de Esparta, consignada desde el año 754⁷. Gracias a los citados hallazgos la historia griega y de la cuenca del Egeo retrocedían hasta el III milenio incorporando así lo sucedido en la edad del bronce, iniciada en el 2900 *circa*.

No es lugar referirme a la manera, no siempre clara, cómo en casi dos décadas Schliemann logró atesorar una fortuna muy importante, sino en subrayar su ahínco por desentrañar el misterio de la realidad histórica de Troya, no sin mencionar la ayuda de dos personas valiosísimas en su accionar en favor de esa empresa: su segunda esposa, Sofía Engastromenos (1852-1932), compañera de ruta en esos desvelos y quien inventarió y catalogó la cerámica encontrada en Troya, y la contribución del arquitecto Wilhelm Dörpfeld, su estrecho colaborador en sus tareas de campo, éste sí, con conocimientos científicos en materia arqueológica. Sobre la incidencia de Dörpfeld sobre Schliemann el prestigioso arqueólogo Arthur Evans refiere “que el mayor descubrimiento de Schliemann había sido Dörpfeld”⁸. Destaco que cuando Schliemann se trasladó a Micenas para excavar,

⁶ Magistrados espartanos.

⁷ En lo sucesivo se omite referir a. C. pues resulta obvio.

⁸ “Prólogo” a E. Ludwig, *Schliemann. Historia de un buscador de oro*, Santiago de Chile, Ed. Pax, s.d., p. 12.

dejó a Dörpfeld a cargo de las labores en Troya donde éste continuó dirigiendo las excavaciones durante los años 1893 y 1894.

En 1864 Schliemann emprendió un viaje alrededor del mundo y, dos años más tarde, se estableció en París donde se dedicó con ahínco al estudio de la antigüedad clásica. En la capital francesa diagramó escrupulosamente lo que sería su itinerario arqueológico: comenzaría por la isla que, en su opinión, debía de ser Ítaca, patria del legendario Ulises, descrita por Homero, y después cruzaría hasta el Asia Menor donde, siguiendo con fidelidad la geografía homérica, buscaría los restos de Troya (también en París, años más tarde, retirado ya de las labores de campo redactaría las memorias de sus principales hallazgos). Suponía entonces que las ruinas de la "mítica" ciudad debían hallarse en las colinas de Hissarlik y no en Bounarbaschi (= Bunarbashi), como solía sostenerse, aldea que, para su época, sólo contaba con veintitrés casas —quince turcas y ocho albanesas—.

Que Bounarbaschi fuera la antigua Troya (= *Ilium Novum*) era una hipótesis defendida por Lechevalier, Rennel, Forchhammer, Maudit, Welcker, Choisel-Gouffier y, entre otros, por Nicolaidés. Schliemann advierte que esos autores no habían hecho trabajos de campo, sino que habían esbozado tal suposición a partir de referencias e indicaciones no corroboradas de viajeros e historiadores de la antigüedad. Otra hipótesis —sustentada por Clarke y Barber Webb— sostenía que la antigua Troya debía hallarse sepultada en las colinas de Chiblak.

Schliemann, en cambio, pensaba de otra manera ya que, tras realizar un minucioso estudio del terreno, entendió que Bounarbaschi jamás podría haber sido la antigua Troya, debido a que la orografía de esa aldea y la distancia entre el río Simois (= Simunte) no coincidían en absoluto con las referencias homéricas. Así, basándose en las ideas del cónsul británico Frank Calvert, que atendían el parecer de Estrabón (XIII, 1), supuso que *Ilium Novum* (= Troya) no podía hallarse en Bounarbaschi, sino en un sitio plano y de esa manera comenzó a explorar la llanura de Hissarlik.

En abril de 1870 inició rudimentarias labores arqueológicas en el solar al que aludía la tradición mítica y sus excavaciones dieron como resultado el hallazgo de un muro ciclópeo, con lo que afianzó su intuición: Hissarlik debía ser la antigua ciudad del rey Príamo. Prosiguió luego esas tareas con diversas interrupciones, hasta 1890, interrupciones debidas a que hay épocas del año en las que no se puede excavar a causa del frío y de las lluvias invernales y del calor abrasador de los veranos, de las dificultades en obtener los permisos de las autoridades

turcas o de los campesinos propietarios de las tierras, de los terrenos pantanosos, del flagelo de la malaria y de otras enfermedades que, en diferentes ocasiones, atacaron a su equipo de excavación.

En 1873 ocurrió un hecho sorprendente: halló un importante botín, que Schliemann llamó el “tesoro de Príamo”⁹, del que dio cuenta en diversos centros científicos de Europa. Esa circunstancia puso sus descubrimientos en un escenario donde aparecieron tanto defensores cuanto detractores, especialmente estos últimos, quienes ponían en duda la credibilidad de sus hallazgos (Schliemann fotografió a su esposa ornada con esas joyas milenarias; esa imagen, un “clásico” del arte fotográfico, está reproducida en numerosas obras referidas a la arqueología griega clásica).

Entre los incrédulos, Alexander Conze, con el propósito de desacreditar al “improvisado” arqueólogo, afirmó que esas joyas no eran troyanas, sino un conjunto de variada procedencia que Schliemann,



*Sofía Engastromenos
con las joyas de Troya*

en un acto no carente de picardía, habría recogido en diversos sitios de la Hélade y del Asia Menor para conferir una pátina de veracidad a sus “supuestos” hallazgos. Sin entrar a considerar el fundamento de tales acusaciones, las joyas existen y Schliemann y la tradición aducen que proceden de la acrópolis de la ciudadela donde habría estado el palacio del viejo rey Príamo y que las había hallado adosadas al muro que rodeaba la acrópolis.

Por el hecho de haber trasladado ese tesoro a Grecia de manera ilegal, vale decir, sin el debido permiso de las autoridades turcas, Schliemann fue acusado por el gobierno otomano y condenado a abonar una multa que el arqueólogo pagó quin-

⁹ Sobresalen de él dos importantes diademas en oro —de una de las cuales colgaban 74 cadenas cortas y 16 más largas, formada por 16.353 piezas distintas de oro consistentes en anillos diminutos, dobles anillos y hojas en forma de lancetas—, seis pulseras de oro, una botella también en oro y una vasija de plata de tamaño considerable, pendientes, sortijas, entre otros numerosos objetos de valor, así como armas bronceas.

tuplicada con la condición de que le permitieran retener parte de ese hallazgo y le renovaran el permiso para excavar. En cumplimiento de ese acuerdo dejó la parte convenida con destino al antiguo museo de Constantinopla, pero como la autorización para reiniciar las tareas arqueológicas se demoraba más de lo razonable, marchó a Grecia con el propósito de excavar en Micenas.

En cuanto al citado tesoro, con los años, contra la voluntad de su esposa que quería lo donara al gobierno griego, Schliemann lo confió al cuidado del entonces imperio alemán, depositándolo en el *Reichsbank* de Berlín, pero estos objetos desaparecieron en el ocaso de la II Guerra Mundial sin que nada se supiera de su destino. Hace pocos años, la directora de uno de los museos de Moscú, declaró que el llamado “tesoro de Príamo” estaba en los depósitos del establecimiento que dirigía y que lo expondría para que el público pudiera apreciarlo, y así lo hizo; de esa muestra valiente y memorable, resta un *Catálogo*. Esa actitud, como es de imaginar, dio origen a un conflicto judicial de alcance internacional donde turcos, griegos, alemanes y rusos litigaron —y litigan— respecto de su pertenencia; entretanto, el “tesoro de Príamo” continúa en el citado museo.

1876 es un año clave en la vida de Schliemann ya que, luego del diferendo con el gobierno turco y aceptadas por éste la disculpa y la



Micenas, Puerta de los Leones

referida compensación monetaria, el Gran Visir Mahmud Medim Pashá propició el otorgamiento del *firmán* que permitía a Schliemann proseguir las excavaciones en Troya. En ese mismo año, el gobierno griego le concedió autorización para excavar en Micenas.

Si bien la identificación de la antigua Troya con la llanura de Hissarlik fue importante, de mucho más valor fueron sus hallazgos en Micenas. A meses de emprendida la labor tuvo la fortuna de sacar a luz el primer "círculo real" con seis antiguas sepulturas lujosamente adornadas con objetos artísticos, material que hoy conserva el Museo Arqueológico de Atenas. Sus hallazgos avivaron el deseo de otros emprendimientos y así fueron encontradas muchas otras sepulturas fuera del encintado murario. Las tumbas reales de Micenas, por lo que significaron para el enriquecimiento de la historia griega, fueron de mucha mayor resonancia incluso que el descubrimiento del tesoro de Príamo: en esas tumbas —entre las que estaban las mal llamadas de Agamenón y Clitemnestra¹⁰— se hallaban las pruebas fehacientes de una cultura, en territorio griego, mil años más antigua que la hasta entonces conocida, y que adquiría ciudadanía histórica en el marco geográfico de la Hélade; se trataba de la cultura micénica, de capital importancia en época de la guerra greco-troyana ya que el comandante en jefe de la flota griega fue Agamenón, rey de Micenas.

2. Troya

El caso de Troya y el de la guerra que esta ciudad asiático-menor mantuvo con los griegos micénicos a fines de la tardía edad del bronce, entre los siglos XIII y XII, interesó a la humanidad desde que Homero los evocara en sus dos epopeyas. Junto al problema de la historicidad de la mencionada ciudadela surgió el referido a la posible veracidad de los sucesos bélicos que habrían acaecido en su solar, según narran esas epopeyas; la veracidad de tales hechos fue cuestionada especialmente en el siglo XVIII cuando se agudizó la cuestión de la crítica de las fuentes históricas. Empero, el interés por estos estudios tuvo su *revival*, un siglo más tarde, merced a Heinrich Schliemann quien, tras sus labores arqueológicas en territorio de lo que otrora fue Troya durante dos décadas (1870-1890), demostró la existencia histórica de esa ciudad, aun cuando en su apreciación cometió errores de cronología.

¹⁰ Esas tumbas no tienen ningún fundamento histórico como para referirlas a los legendarios monarcas de Micenas, aunque lleven sus nombres.

A su tarea se añadieron las de su colaborador y luego continuador, el arquitecto Wilhelm Dörpfeld, los importantes trabajos *in situ* emprendidos, entre 1932 y 1938, por el arqueólogo norteamericano Carl William Blegen y, más recientemente, a partir de 1988, los sorprendentes hallazgos arqueológicos del profesor Manfred Korfmann, recientemente fallecido¹¹, en las proximidades del río Escamandro.

Para probar con rigor de veracidad la real existencia de la Troya homérica, así como ciertos hechos referidos en la leyenda sobre esta ciudad, no bastan sólo los resultados de “la ciencia de la pala” –i. e., la arqueología–, sino que es menester una labor interdisciplinar donde otras ciencias puedan aportar datos y precisiones, en especial, la filología, la historia y, entre otras, la iconografía.

Vistas las cosas con un criterio positivista, ni desde el punto de vista estrictamente filológico, ni desde la indagación arqueológica es posible hablar de un “núcleo histórico de la saga”¹². Empero, existen indicios y algunos elementos probatorios que permiten conjeturar la existencia de la ciudadela de Príamo –i. e., Troya–, destruida en torno al 1180 por obra de los griegos micénicos luego de haberla sitiado, durante diez años según la tradición homérica. Además, en tablillas micénicas aparecen con frecuencia nombres heroicos vinculados con esa guerra, así, por ejemplo, Aquiles, Áyax o Héctor, entre los más mencionados. Sobre este particular el micenólogo M. S. Ruipérez conjetura que esos nombres entonces eran populares debido a la épica, “lo que estaría de acuerdo con la veracidad histórica que suele reconocer el fondo de las leyendas heroicas griegas”¹³.

Troya estaba situada en el noroeste del Asia Menor, en lo que otrora fue la Misia, y fue capital de la región que se denominó Tróade. Esta comarca estaba delimitada por los ríos Escamandro¹⁴ (o Janto) y Simois (= Simunte) –a los que permanentemente remiten los poe-

¹¹ Manfred Osman Korfmann, arqueólogo alemán, profesor en la Universidad de Tubinga y Director de las excavaciones arqueológicas en la antigua Tróade, falleció el 11 de agosto del 2005.

¹² Dieter Hertel, *Troia*, trad. al italiano de Alessandro Cristofori, Bolonia, Il Mulino, 2003, pág. 9.

¹³ “La historia de Grecia hasta el final de la guerra del Peloponense”, en *Historia de Grecia*, por Martín S. Ruipérez y Antonio Tovar, Barcelona, Montaner y Simon, 1979, p. 56.

¹⁴ El Escamandro y el Simois son dos ríos de la planicie troyana. Al igual que todos los ríos, Hesíodo (*Teog.* 337-345) los presenta como hijos de Océano y Tetis. En la *Ilíada* el Escamandro (XXI, 131) convoca al Simois (V, 773-777; XII, 21-22 y especialmente XXI, 307-310) para que lo auxilie en rechazar a Aquiles y así detener la matanza de troyanos.

mas homéricos— y próxima a la costa del mar Egeo, frente a las islas de Lemnos y Ténedos.

La Troya histórica estuvo habitada desde principios de la edad del bronce y emplazada en la actual provincia turca de Çanakkale, junto al estrecho de los Dardanelos (en el Helesponto), y ocupaba una posición estratégica en el acceso al *Pontus Euxinus* (Mar Negro); en sus inmediaciones se encuentra la cordillera de Ida.

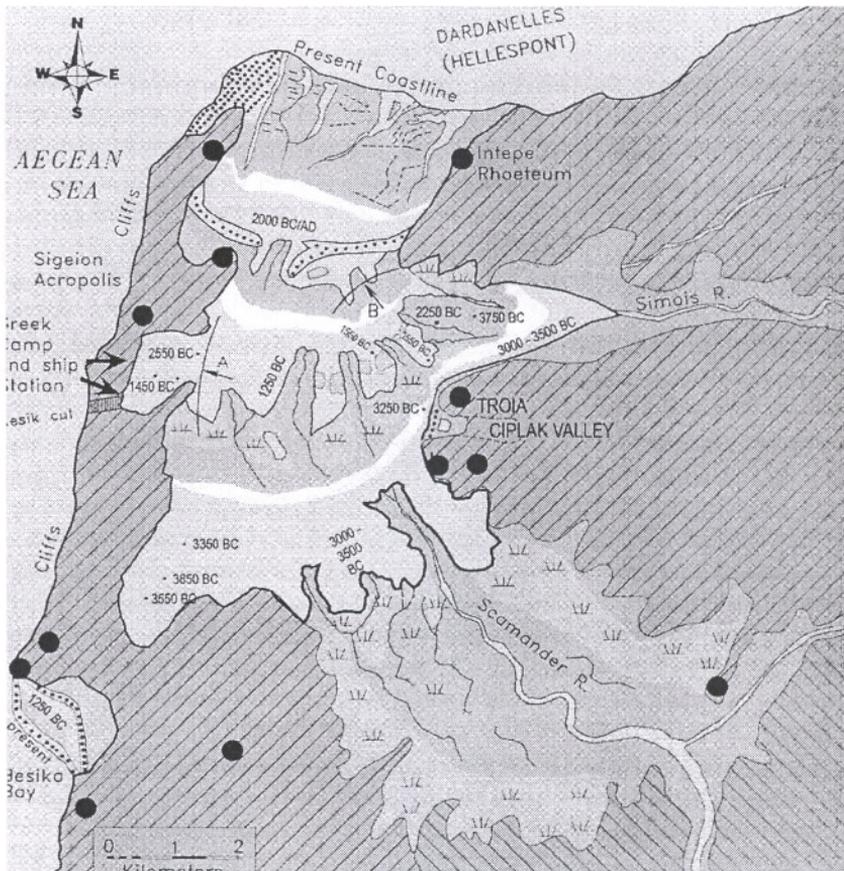
Troya era denominada Wilusa entre los hititas; por caída de la digamma inicial, algunos lingüistas relacionan esa palabra con el nombre Ilión, ya que Ilo —junto con Teucro y Tros— pasan por ser sus fundadores epónimos; en cuanto a sus habitantes son llamados *teucros*, mientras Troya e Ilión son los dos nombres por los que se conocía la ciudad, como ya he indicado.

Cuando H. Schliemann descubrió, bajo suelo de Hissarlik, las murallas troyanas no sólo inició la reconstrucción histórica de la, hasta entonces, mítica ciudad, sino que abrió un venero inapreciable para la arqueología. Con posterioridad, las excavaciones de Dörpfeld y de Blegen mostraron, en ese solar, capas o estratos pertenecientes a nueve ciudades superpuestas a lo largo de los siglos. Se supone que la VIIa habría sido la Troya cantada por Homero, ciudad que habría sucumbido por causa de un incendio.

Desde el punto de vista arqueológico Troya I se remonta a época neolítica, y se la sitúa en el III milenio; habría sido de construcciones muy precarias, sin evidencias de que sus habitantes se valieran del uso de metales, ya que las hachas y otros utensilios que allí se encontraron son de piedra.

Troya II resulta de mayor importancia que la anterior. Cronológicamente se la ubica entre el 2500 y 2000, lo que la hace contemporánea de la civilización minoica y, ciertamente, en contacto con la de las otras islas del Egeo; se presume que pereció también por un incendio. Troya II estaba rodeada de una muralla defensiva con sus correspondientes puertas; existen vestigios de haber tenido grandes habitaciones rectangulares (*mégara*¹⁵) con abertura en la parte superior por donde debería salir el humo (construcciones semejantes se han encontrado en el centro del continente europeo y también en la península helénica). Troya II da muestra de la utilización del bronce y de metales preciosos (joyas en oro y plata) y cerámica pulida —con evidencias de haber conocido la técnica del torno—; a diferencia de la cerámica de las islas, los ejemplos hallados de Troya II no están de-

¹⁵ Plural de *tò mégaron*.



Troya y la Tróade (extraído de J. C. Kraft, *Paleogeographie at Troy*)

corados. Hay algunos casos con formas zoomórficas, morfología practicada también en la cerámica de las islas del Egeo.

Las capas superpuestas de Troya III, IV y V no ofrecen pruebas de que se tratara de ciudades importantes, sino simples asentamientos humanos sobre los restos de la mencionada Troya II; tampoco puede fijarse con exactitud la cronología de estos asentamientos, con todo corresponde señalar que son contemporáneos de la importante civilización de la isla de Creta.

Troya VI es ya una ciudad relativamente extensa. La expedición arqueológica de Blegen (1932-1938) permite establecer que fue fundada ca. el 1900, vale decir, a inicios del Bronce Medio y destruida

luego merced a una catástrofe sísmica. Esta ciudad ofrece restos de varios recintos amurallados, provistos de puertas y torres defensivas. Se advierten también terrazas dado que la superficie del terreno presenta desniveles. Hay vestigios de que hubo casas, almacenes y, principalmente, *mégara*, uno de los cuales da cuenta de pilastras que sostenían el techo. Tenemos pocos indicios de ella ya que, durante la dominación romana, los restos de esta ciudad fueron utilizados para construir lo que la arqueología llama la Troya IX. Pese a que existen escasos testimonios culturales de esta ciudad, se han hallado algunos vasos de importación micénica, lo que pone en evidencia sus contactos con la importante civilización desarrollada en esa ciudad del Peloponeso. Blegen considera que habría sido destruida por un terremoto en torno al 1300.

Sobre las ruinas de Troya VI se levantó una nueva ciudad –Troya VII–, más modesta que la anterior, reconstruida y poblada –se presume– con los mismos habitantes de Troya VI. Se ha encontrado en ella cerámica de época postmicénica semejante a la danubiana de la zona continental realizada –se cree– con influencia de los grupos tracofrigios que invadieron la Tróade hacia esa época. En cuanto a la cronología de Troya VII, como existen diferencias notorias respecto del material de que se dispone –lo que permite hablar de diferentes estratos–, la arqueología la divide en dos etapas de ocupación: VIIa, VIIb.

Troya VIIa pereció, pocas décadas después, a causa de un incendio, como señalé. Se conjetura, con razonable cuota de credibilidad, que ésta habría sido la Troya descrita en los poemas homéricos.

Si atendemos al relato de Homero y a la presunción de Schliemann, esta ciudad fue el escenario de la guerra, y hasta se sugieren posibles fechas de esa contienda, así, un grupo de estudiosos propone el año 1184 como fecha de su total destrucción. Esta cronología tiene en cuenta datos que se desprendían de la *Genealogía de familias reales troyanas*, compuesta por el matemático griego Eratóstenes (284-192 *circa*). En dicha *Genealogía* se mencionaba una circunstancia astronómicamente comprobable: un eclipse. En la antigüedad esta datación coincidía con referencias consignadas en el tratado *De familiis Troianis*¹⁶ del polígrafo romano Varrón (*Marcus Terentius Varro*, 116-27) quien situaba la guerra greco-troyana entre los años

¹⁶ Este tratadista, fundándose en un análisis etimológico de antiguos nombres latinos, pretendía demostrar el origen troyano de la primitiva aristocracia latina; para muchos exegetas, se trataba simplemente de una *manipulación ideológica de la leyenda*, de la que la antigüedad ofrece numerosos ejemplos.

1193 y 1184. El *Marmor Parium* y otros testimonios de época clásica proponen, en cambio, otras fechas. M. S. Ruipérez, en su sintético pero muy cuidado estudio de la prehistoria de Grecia¹⁷, sugiere como posible fecha de la caída de la Troya homérica un momento que se ubicaría entre los años que van del 1250 al 1225.

Esta discrepancia de opiniones pone al descubierto la dificultad de establecer una cronología precisa, si bien la mayor parte de los historiadores coincide en situar la caída de Troya en torno de los siglos XIII y XII, momento que significa la colonización de aqueos y eolios en el Asia Menor¹⁸.

Refiero una circunstancia histórica que atañe a esta guerra: el debilitamiento y posterior caída del imperio hitita, de los que tenemos noticia merced a los archivos de Hattusas (Bogharzkoy), antigua capital de ese imperio (*circa* 1800-1200)¹⁹. Estos archivos nos informan sobre la rivalidad, en costas de Asia Menor, de los aqueos (llamados *ahhiyawa*) con marcada política expansionista, por un lado, y el reino de *Assuwa*, por el otro. Este segundo grupo, rival de los micénicos, capitaneaba un conjunto de ciudades entre las cuales estaba *Trusia* (Troya). Cuando el emperador hitita derrotó a *Assuwa*, los griegos micénicos —que entonces se estaban extendiendo por el Mediterráneo oriental— atacaron Troya VIIa y la destruyeron tras sitiarla durante un lapso que los poemas homéricos estiman en una década.

En cuanto a Troya VIII se remonta a los siglos VII al V y en ella se ha encontrado cerámica griega que remite a esas centurias. La ciudad construida sobre las ruinas de la VIIa es la que debe de haberse visto en la época homérica y en la que perduraría el recuerdo de los héroes de la guerra citada.

Con posterioridad, el solar troyano fue escenario de una manipulación ideológica ya que Alejandro Magno, tras sus victorias en el Oriente, mandó erigir un templo a Atenea Iliaca que, además de recordar el triunfo de los griegos micénicos sobre los troyanos, celebraba su desembarco, en el 334, en territorio asiático. Se legitimaba así la presencia griega en la Tróade, en todo el Asia Menor e, incluso, en

¹⁷ Ver M. S. Ruipérez, *op. cit.*, espec. págs. 54-56.

¹⁸ Merece también mencionar otras opiniones; así, por ejemplo, Dieter Hertel respecto del asentamiento de griegos micénicos en el territorio troyano, parece poner en duda la destrucción debida al enfrentamiento bélico narrado por el mito y así, pues, entiende que Troya VI (años 1700-1300) y Troya VIIa (1300) no fueron teatro de famosas empresas militares, sino que tales empresas se desarrollaron más bien en el marco de un proceso posterior de infiltración de colonos griegos (2003; 9-10).

¹⁹ Allí se descubrieron archivos reales con aproximadamente 1.200 tablillas en arcilla e inscripciones en cuneiforme; el nombre hitita parece derivado de Hattusas.

el otrora reino de Persia. Una vez más, política y religión se enlazaban para justificar las ambiciones hegemónicas de griegos y macedonios siendo esta vez la antigua Troya el ámbito geográfico escogido para esos fines.

En el emplazamiento de la Troya homérica, en época de Julio César y de Augusto, los romanos hicieron surgir una Troya "romana", pues veían en la vieja Troya su patria de origen. En efecto, según una tradición consolidada en la *Eneida* virgiliana, Eneas, héroe troyano—legendario ascendiente de la *gens Iulia* y de los romanos—provenía de esa ciudad (también en este ejemplo se advierte una utilización de la leyenda con fines políticos).

De ese modo la política augustea, a través de la figura de Eneas fundador de la nueva Troya, sugería una suerte de venganza contra los griegos que otrora la habían ultrajado. Consta que, durante época de Augusto, cuando los habitantes de Ilio pidieron al *Princeps* exenciones impositivas, adujeron para ello la común descendencia de troyanos y romanos, enlazados a través de la legendaria figura de Eneas.

Otra cuestión interesante respecto de Troya y la Tróade, es que en esta región existen diversos túmulos a los que Schliemann, sin atender a las exigencias de una arqueología rigurosamente científica, imaginó como los sepulcros de los héroes de la guerra greco-troyana. Con ello fortaleció antiguas tradiciones según las cuales la tumba de Aquiles estaba en el cabo Sigeo, la de Áyax, hijo de Telamón, en el cabo Reteo, la de Héctor en Ofrinio. También la tradición refería que la del mítico Ilo, fundador de Troya, se encontraba en la parte norte de la planicie.

Es ardua labor discernir en qué medida es histórica la guerra greco-troyana, así como las diversas circunstancias referidas en las epopeyas homéricas. Empero, lo que no puede ponerse en duda es la *imposibilidad de reconstruir la historia de la guerra troyana atendiendo a los poemas de Homero* ya que éstos, compuestos tres o cuatro siglos después de dicha contienda, narran esos sucesos no con la lente de la época de la guerra—*i. e.*, siglos XIII o XII—, sino con la de los tiempos homéricos, vale decir, de los siglos IX al VII.

Es evidente que Troya VIIa, contemporánea de los griegos micénicos, luchó contra éstos y que pereció debido a un incendio. No hay indicios de que haya sido sitiada durante diez años, como afirma la leyenda, lo que no resulta verosímil; se conjetura, incluso, que esa cifra pueda tener un carácter simbólico. Tampoco es verosímil el ardid del caballo urdido por Ulises para poder tomar la ciudad, lo que, al igual que el sitio de diez años, tal vez pueda ser leído bajo una mira-

da simbólica de no fácil resolución. Tampoco hay certeza respecto de cuáles fueron los aliados troyanos; en cambio, merced al catálogo de las naves descrito en el II canto de la *Iliada* (vv. 488-877)²⁰, tenemos clara noticia de qué ciudades griegas se habrían sumado a la lid.

3. Korfmann y sus recientes hallazgos vinculados con la antigua Troya

El arqueólogo Manfred Korfmann, profesor en la Universidad de Tübingen y Director de las excavaciones que se llevan a cabo en el solar de la antigua Troya desde 1988 hasta su reciente fallecimiento, vale decir, durante diecisiete años, logró develar ciertas incógnitas referidas a la siempre dubitable historicidad de los hechos narrados en los poemas homéricos.

Su equipo de investigación descubrió, en los asentamientos que rodeaban la ciudadela de Troya hacia el sur y hacia el este, una inmensa muralla de época de la guerra greco-troyana. Su descubrimiento daría pruebas de que la ciudad en ese entonces —i. e., siglos XIII y XII— era aproximadamente unas diez veces más grande de lo que se la imaginaba; esa muralla era, ciertamente, un escudo defensivo frente a posibles saqueos e incursiones de pueblos vecinos. Su hipótesis provocó una controversia científica con el historiador Frank Kolb, colega en su Universidad, cuando, en el 2001, Korfmann expuso una maqueta de lo que suponía debió haber sido Troya. El profesor Kolb entendía que el arqueólogo no aportaba pruebas suficientes que avalaran sus afirmaciones; con todo, destaco que el equipo de investigación de Korfmann —que llegó a sumar 350 colaboradores entre científicos y técnicos de variadas nacionalidades— y arqueólogos ajenos a su misión arqueológica defienden sus ideas.

De ser cierto su planteo, Troya no era una ciudad palaciega más, sino un importante centro comercial que debía controlar la navegación en el Egeo oriental, ya que estaba situada en un enclave estratégico frente al estrecho de los Dardanelos con lo que controlaba el acceso al mar de Mármara y, a través de éste, con el *Pontus Euxinus*, es decir, el mar Negro.

²⁰ El referido Catálogo menciona veintinueve contingentes de tropas griegas, cuyos soldados coinciden con los que luego actúan en la *Iliada*. Es evidente que Micenas es la ciudad que ha aportado mayor número de tropas, ya que Agamenón comanda toda la armada; en segundo lugar enumera a los beocios, tal vez porque la armada estaba reunida en la ciudad beocia de Áulide.

Aun cuando el descubrimiento de Schliemann, en el siglo XIX, pareció probar la historicidad de Troya, historiadores, filólogos y arqueólogos de la centuria pasada cuestionaron y pusieron en duda sus afirmaciones. Sostenían que más allá de la "fantasía" de Homero, ninguna contienda de proporciones mayúsculas habría podido tener lugar en un sitio reducido y que una ciudad diminuta no podría haber despertado el interés de pueblos y civilizaciones vecinas ni que fuera necesario movilizar una vasta flota para atacarla.

El descubrimiento de ese nuevo encintado murario debido a M. Korfmann prueba fehacientemente que las dimensiones de Troya VIIa eran muy respetables y que esta ciudad, vista entonces desde lo que hoy es Europa, debería resultar una *pólis* singular. El citado Korfmann entiende que ninguna ciudad del continente europeo de esa época debía tener las dimensiones y el poderío de Troya, motivo por el cual debería ser apetecida por sus rivales allende el Egeo.

La existencia, en el solar troyano, de una ciudad "periférica" o baja, en contraposición a la "alta" donde estarían el palacio, sus dependencias administrativas y los templos —la acrópolis, en suma—, revelaba dimensiones mucho mayores que las hasta hace poco imaginadas. Este descubrimiento ayuda también a comprender mejor la expresión homérica *méga (pólis) Priámiou ánaktos* 'la gran (ciudad) del rey Príamo', tal como repetidamente puede verse en las composiciones homéricas, referido este sintagma nominal a la ciudad alta o acrópolis, fortificada, ubicada en la colina, en contraste con la ciudad baja, situada en la llanura.

El descubrimiento del profesor Korfmann —a quien tuve el gusto de escucharle estas revelaciones en una conferencia que dictó en la Universidad de Buenos Aires pocos meses antes de su muerte— obliga a releer a Homero con una mirada más respetuosa respecto de sus referencias históricas y geográficas, particularmente estas últimas. El conocido estudio de Victor Bérard²¹ que prueba la factibilidad geográfica del "mítico" viaje de Odiseo²², es otro elemento a tener en cuenta a la hora de establecer los límites entre realidad y fantasía en las epopeyas homéricas; éstas, desde el momento que son composiciones poéticas, deben ser ubicadas en el campo de la ficción, pero eso

²¹ *La Resurrection d'Homère*, París, 1930 (*Resurrección de Homero*, México, Ed. Jus, 1945).

²² Sobre el particular, J. Poucet (*Les origines de Rome*, Bruselas, 1985, pág. 130) acota: "Después de los trabajos de V. Bérard, confirmados por la arqueología, no se puede considerar los viajes de Ulises, de Diomedes, de Eneas... como simples fábulas. Esas narraciones son la representación legendaria de migraciones históricas".

no impide que contengan también un fundamento de verdad en cuanto a datos históricos y geográficos. El reciente hallazgo del profesor Korfmann se orienta en ese sentido.